

dup 5
LA NOVELA FILM

N.º 54

30 cts.



LA ULTIMA CARRERA

LA NOVELA FILM

Redacción: Lluís, n. 96

Administración: BARCELONA

Año II - 1934 - N.º 34

La Última La Novela Film



Comedia americana, inter-
pretada por los prestigio-
sos artistas

AGNES AYRES
WALLACE REID
THEODORE ROBERTS

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

DISTRIBUIDOR SELECCINE, S. A.

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7.- BARCELONA

PROGRAMA AJURIA

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

Año II *TOD MUCH SPEED 1921* N.º 54

La Última carrera

Comedia americana, inter-
pretada por los prestigio-
sos artistas

AGNES AYRES
WALLACE REID
THEODORE ROBERTS

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

Exclusiva de **SELECCINE, S. A.**

PROGRAMA AJURIA

LA NOVELA FILM

Redacción : Larrañaga, n.º 22
Administración : BARCELONA
Año II, N.º 54

La Última
Carrera

Prohibida la
reproducción

Comedia americana, inter-
pretada por los prestigiosos
actores

AGNES AYRES
WALLACE REID
THEODORE ROBERTS

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de SELECCIONES, S. A.

PROGRAMA ALFURIA



La última carrera

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Si en los tiempos de la mitología se hubiesen celebrado carreras de automóviles, los aficionados a este deporte habrían inventado seguramente una divinidad más, y ella hubiera sido la encargada de animar a los corredores en la pista del autódromo.

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Y aquella insaciable divinidad hubiera tenido una trágica aliada no menos insaciable: la muerte. Hoy día, esta fatídica Emperatriz, a la que, tarde o temprano, todos habremos de rendir vasallaje, de vez en cuando se deja ganar momentáneamente alguna de sus víctimas por su eterno enemigo: el amor.

Y esta era la causa de que poco antes de la gran Carrera del Campeonato Nacional, los afi-

cionados al deporte recibieran una gran sorpresa.

Anunciaba un periódico:

CUPIDO ROBA AL AUTÓDROMO UNO DE SUS MÁS FAMOSOS CORREDORES.

Pepe Rodas abandona el Círculo Tornado y no volverá a aparecer en las carreras. Va a casarse con la hija de un fabricante de automóviles.

Zorro Carey, corredor de mala fama y administrador del "Círculo Tornado", no podía creer que Pepe se retirase precisamente cuando más necesidad tenían de él.

Por su parte, Pepe, idolo del autódromo, que ignoraba completamente la sensación que había producido su retirada, estaba muy ocupado con Virginia Mac Murran, que representaba el premio ganado a costa de su profesión. En honor de la verdad, el "trofeo" era ideal.

También don Patricio Mac Murran, padre de Virginia, presidente de la "Pakro Motor Company", y que tenía una aversión terrible a las carreras, se enteraba, por la prensa, de la decisión de Pepe.

Sus ojos releieron el siguiente anuncio del "cese en el oficio" del gran corredor.

PEPE RODAS ABANDONA LAS CARRERAS

El Rey de la Velocidad declara que su matrimonio terminará con la profesión que le ha hecho célebre.

A poco llegaban ante don Patricio, su hija y el novio, y a un mismo tiempo los dos nietos del primero se disponían a transgredir la ley dictada por él respecto a la velocidad de sus sendos automovilitos a pedal.

—Vamos a correr una carrera ahora que no nos ve abuelito... Pero no vale estorbar.

Don Patricio, apenas tuvo delante de sí a Pepe, le dió a leer el periódico que afirmaba su despedida de las carreras, y, necesitando oír la confirmación de la noticia de sus propios labios, le preguntó:

—¿Lo dices con sinceridad?

Virginia, enamorada de Pepe con el alma entera y un poco más, sonrió de un modo inefable, mientras el dueño de su corazón contestaba a su futuro suegro:

—Claro que sí. De hoy en adelante, una tortuga tendrá demasiada velocidad para mí.

—Eso está muy bien, muchacho. Así quedarán los vagabundos del "Círculo Tornado" fuera del Campeonato Nacional.

—A mí no me guió otro interés en mi resolución que el de ser agradable a usted.

—Muchas gracias.

—Usted me dijo que tenía que abandonar las carreras si quería casarme con su hija.

—En efecto. Pero... ¿qué es eso? ¿Lo estáis viendo?

—¡Esta es la maldición del modernismo!

¡Demasiada velocidad! ¡Hasta los chiquillos están dominados por esa manía!

Don Patricio acababa de sorprender a sus nietos desacatando a toda velocidad sus órdenes. El jardín de la casa parecía un autódromo.

Pepe sonreía por dentro, imitándole Virginia, y ambos siguieron al abuelo, que fué al encuentro de los desobedientes chiquillos para echarles un sermón acerca de los peligros de la prisa.

—No quiero, os lo he repetido ya mil veces, que hagáis carreras. Un día os vais a matar y los tiempos no están para entierros... ni quiero yo vela en ninguno.

Los niños hubieron de conformarse con ir despacio, pero, al marcharse, Pepe los vió aburridos, y les propuso que hicieran una carrera, prometiendo un premio de un dólar al que primero llegase a la meta.

Inútil decir lo mucho que corrieron los chicos, y la sorpresa de don Patricio y la risa de Virginia al ver que Pepe era el instigador de la rebeldía de los niños, a quienes, para evitar el descontento del que llegó a destino en segundo lugar, dió dos sendos dólares.

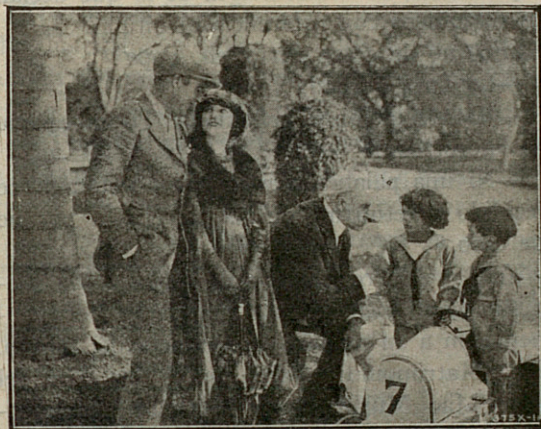
—¿Has visto eso? ¡Azuzando a tus sobrinos contra mis órdenes, para que apuesten carreras!—exclamó don Patricio delante de Virginia.

Y ésta, conciliadora, mientras Pepe, vién-

dose descubierto, se alejaba en su "auto", dijo a su padre:

—Son niños, papá... y a Pepe le gustan tanto...

Al día siguiente, en su oficina, don Patricio meditaba su más grave problema: la manera



—No quiero, os lo he repetido ya mil veces, que hagáis carreras...

de introducir sus camiones en los mercados extranjeros.

Un informe le daba un nombre importante, que no olvidaría:

...mucha prosperidad en la América del Sur, y hay una gran oportunidad de introducir los camiones Pakro y hacer grandes contratos con

el gobierno, si podemos conquistar a José Cabrillo durante su presente viaje a los Estados Unidos.

Entretanto, en las oficinas de su más odiado rival, la "Tornado Motor Company", Toto Hellis, presidente de la misma, Zorro Carey y Pepe Rodas, hablaban acerca de lo que decían los periódicos con referencia al último.

¿Eso no debe ser cierto, eh, Pepe?

—La pura verdad.

—Vamos, hombre, reflexiona. Tú sabes que con nosotros...

—Ni una palabra más; estoy absolutamente decidido a retirarme de las carreras... porque me caso.

Toto y Zorro cambiaron miradas de disgusto, y, no bien se hubo marchado Pepe, comentaron a su manera la conducta del mismo.

—¿Matrimonio? ¡Bah! Ésa es una treta del viejo Mac Murran para hacernos competencia—dijo Toto.

—El abuelo ese trata de vengarse de mí, porque yo vencí a Rodman—su corredor—en las carreras de hace tres años. ¡Pero no se saldrá con la suya! ¡Tenemos que ganar el Campeonato Nacional!

—¡No hay más remedio que conquistar otra vez a Pepe Rodas para esa carrera! Este informe de nuestro agente de ventas nos lo exige. Y Toto leyó:

Don José Cabrillo, uno, de los más fuertes

comerciantes en automóviles de la América del Sur, presenciará el Campeonato Nacional durante su permanencia en Los Angeles. Viene, según nuestras noticias, a hacer un gran pedido de coches. Si la Tornado gana significará, para nosotros, un negocio de más de medio millón de dólares.

El reporter Billy Dawson, que husmeaba todos los datos posibles para un buen artículo acerca del retiro de Pepe, visitó a don Patriocio, y por su conducto trató de saber algo.

—Tengo el convencimiento de que usted va a inscribir un "Pakro" en el Campeonato Nacional, con Pepe Rodas como conductor.

—¡No, señor! Pepe no correrá ya en ninguna carrera... Y lo que es más, usted no volverá a ver nunca un "Pakro" en un autódromo.

—¿De veras?

—Venga un momento conmigo.

El reporter fué introducido por don Patriocio al taller de reparaciones de sus coches, y, refiriéndose a Juan Rodman, antiguo corredor de fama en las carreras, y a la sazón mecánico-jefe de la casa, le contó la desgracia que le acaeció, hiriéndose en varias partes del cuerpo, como recuerdo de lo cual quedó cojo y enclenque.

—Juanito hubiera ganado... si una mano traidora no se lo hubiese impedido. El canalla que cruzó su "autó" en su camino, para que

se estrellase al intentar darle la vuelta, fué Zorro Carey. Bien lo recuerda el pobre muchacho. Pero el accidente se atribuyó a otras causas, lejanas de la real.

—Si que fué una lástima.

—Por eso, precisamente, es por lo que yo no fabrico coches de carreras. Yo no tengo derecho a que un hombre arriesgue su vida por mí.

* * *

A pesar de los esfuerzos que hicieron Zorro y Toto para hacerse de nuevo con Pepe, éste, dos semanas después, en el día de su boda, permanecía aún firme en su determinación de no tomar parte en las carreras.

Mucho fué el tiempo que empleó el novio en vestirse para la solemne ceremonia, y no pocos los apuros que su criado, Panchito, hubo de vencer.

Compuesto ya, Pepe ansiaba tener a su lado a la novia, y despidióse jovialmente de su fiel oriental.

—Hasta la vuelta... si se vuelve de la gloria.

—Adiós, señorito. Que se “divierta” usted mucho.

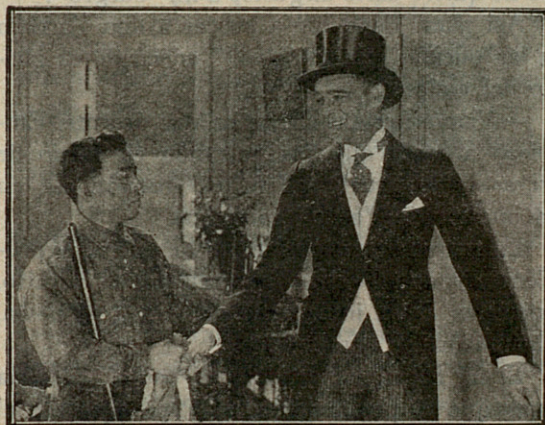
Aquí, oyóse el timbre del teléfono.

—¿Quién será ahora?—dijose Pepe. Y res-

pondiendo a la llamada—: Diga... ¡Ah! ¿Eres tú, Virginia?

—¡Hola, “maridito” mío! No es más que para decirte si estás animado...

—¿Qué remedio me queda, lucero... Me resigno.



—Hasta la vuelta... si se vuelve de la gloria.

—Pues yo estoy muy contenta... más contenta que nunca.

—Eres una heroína, chica.

—Al “peligro” hay que ponerle buena cara.

—Sí, ¿verdad? Al “abismo” hay que tirarse con los ojos cerrados, ¿no?

—Oye, hablando en serio, hazme el favor

de ir a la oficina de papá y traértelo contigo, sino no llegará a tiempo.

—Cumpliré tu encargo, “mujercita” mía.

—No tardéis.

—Volando, digo, volando no: al paso de camello. Así lo quiere tu padre... y ya sabes que yo no quiero darle disgustos a mi “suegro”.

Así pues, Pepe fué a buscar a don Patricio a las oficinas, en un “auto” adecuado al gusto del viejo.

—Vamos; este coche ya es algo decente. Empiezo a creer que vas entrando en juicio de veras—dijo aquél, satisfecho, instalándose en el interior del “auto” con Pepe.

La marcha que tomó el coche fué muy prudente, y don Patricio se creía en el paraíso, mientras Pepe, impaciente por ver a su novia, disimulaba su nerviosismo.

Si no fuera por el viejo, el “auto” correría más que el pensamiento, si Pepe agarrase el volante.

Por su lado, Toto y Zorro, dispuestos a comprometer a su favor a Pepe, idearon el plan de no dejarle a sol ni a sombra, y por eso Toto, que había sido invitado a la boda, se puso, intencionadamente, con el suyo, al lado del “auto” que conducía el “chauffeur” de Pepe y en el que iban dentro éste y su “suegro”, para, tan pronto ellos le viesan, demostrarles cómo corría su coche.

Pepe se mordía los puños ante la lección de

velocidad que quería darles Toto, y su “chauffeur”, como contagiado de su deseo, dió mayor marcha al “auto”, a lo que objetó don Patricio:

—¿Por qué tanta prisa? Nos sobra el tiempo.

Pepe callóse, pero como el coche de Toto, siempre con mala idea, levantaba una polvareda insoportable, el novio se olvidó de su suegro y guió él mismo su “auto”, el cual, si bien tenía apariencia de modesto, podía correr como un demonio.

—¡Detente, loco! ¡Para, para!—gritaba don Patricio con aspaviento.

El viejo quiso ponerse en pie para arrancar a Pepe del volante, mas a un viraje rodó por el suelo del coche, y por más que hiciera no pudo levantarse.

—¡Que nos vamos a estrellar!—clamaba el “suegro”—. ¡Que no te casas si corres tanto! ¡Para, hombre, para, recaray!

Pero Pepe no le oía. La carrera que hacía con Toto lo absorbía todo. Hasta su “chauffeur” estaba pálido de miedo.

Cerca ya de la casa de don Patricio, donde ansiosa esperaba Virginia, los invitados y ella misma vieron con extrañeza avanzar hacia allí a dos “autos” en loco empeño de adelantarse el uno al otro, y Virginia, reconociendo desde lejos a Pepe, dijo, asombrada:

—Es Pepe, y dentro debe ir papá. ¡Qué raro es que corran de esa manera!

De pronto, ¡paf!, llegó la consecuencia de la endiablada competencia de velocidad.

He aquí lo que pasó:

Toto, adelantando su "auto" en el camino, para pasar antes que el de Pepe, obligó a éste a desviarse un poco de la ruta, y su coche dió tal batacazo a unos árboles, que por poco los "pasajeros" se quedan sin cabeza.

Virginia y los invitados acudieron presurosos a recoger a las víctimas, y vieron, teniendo que esforzarse para no soltar la risa, asomarse don Patricio por la puertecilla del coche, vivo, sí, pero en un estado deplorable. Sin embargo, seguía mascando un puro.

Pepe, tan "majo" que salió de su casa, apareció con el rostro a lo carbonero y el sombrero de copa a lo acordeón. ¡Mi madre, qué calamidad!

El más perjudicado resultó ser el "chauffeur", que además de averiarse las ropas, perdió diez céntimos al caer.

Aquella escena fué muy cómica, más aun cuando Pepe, con tranquilidad pasmosa, dijo a su "suegro".

—Bueno, pues ya estamos aquí.

Ni una bomba hubiera producido mayor efecto a don Patricio que el de la "frescura" de su "yerno".

—Conque, ya estamos aquí, ¿eh? Es una delicia llegar de este modo, ¿verdad?

—No contábamos con este final. A lo menos yo, no.

—Yo sí. Y para que veas la gracia que me ha hecho, te voy a dar una alegría.

—¡Caramba! No merezco tanto...

—Sí, hombre. ¿Sabes lo que te digo? Atre bien las orejas. ¡Ahora mismo se acaba todo entre Virginia y tú! ¡No estoy dispuesto a dejar casarse a mi hija con un loco!

—¿Qué dice usted?

—Ya te puedes largar de aquí.

—¡Oh, papá!—intervino Virginia, suplicante.

—Retírate, hijita. He pronunciado mi última palabra, Pepe. Conque...

—¿De modo que no hay arreglo posible?

—¡No!

—Perfectamente. ¡Si no cambia usted de actitud, peor para usted!

—Vete al demonio.

Pepe, convencidísimo de lo chaladita que Virginia estaba de él, fraguó un plan, que realizaría en el acto.

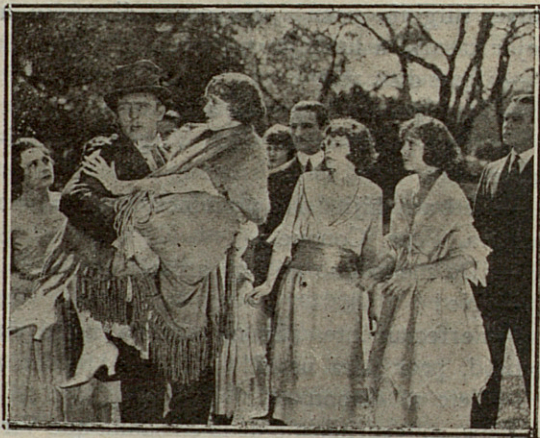
¿Qué se proponía hacer?

Muy sencillo: raptar a Virginia.

Y lo hizo, apoderándose de ella entre la general sorpresa, excepto de la de don Patricio, que no los vió, ocupado como estaba en verificar los desperfectos sufridos por el "auto" en que tan bruscamente llegó a su casa; y se

la llevó hacia otro "auto", el de paseo de Virginia.

Poco antes de alcanzar dicho coche, Pepe detúvose, depositando en tierra su preciosa carga, y amorosamente le anunció la fuga en pos de la dicha, solicitándole su consentimiento.



Y lo hizo, apoderándose de ella entre la general sorpresa...

—No hagamos eso, Pepe. Papá se enojará para siempre con nosotros.

—Pero, ¿no ves que el retrasar una boda trae malísima suerte?

—¿Y a dónde iremos?

—Déjame hacer a mí. Nos casaremos en

Naranjales, y tu padre no tendrá más remedio que transigir.

—Sí, Pepe.

Pero don Patricio, sorprendiéndoles en el momento de la fuga, subió a otro coche y se lanzó a su persecución.



—...Nos casaremos en Naranjales, y tu padre no tendrá más remedio que transigir.

Al apercibirse de ello, Pepe redobló la velocidad del "auto" de Virginia, dejando cada vez más atrás el del "suegro", el cual trinaba como trescientos ruisñores juntos, mas de distinto modo, por la comisura de los labios a ambos lados del puro que sus dientes machacaban sin piedad.

A pocos kilómetros de Naranjales, un policía le dió a Pepe una "recompensa" por su exagerada velocidad.

Obligándole a detenerse, y mostrándole su chapa de autoridad, le dijo:

—El límite son treinta y cinco kilómetros, amigo, no cincuenta y cinco. Vamos a hacerle una visita al juez.

Pepe intentó convencer al agente de que le convenía correr "más de la cuenta", pero fué inútil cuanto hizo en tal sentido: el policía no prevaricó nunca; su rigidez en el cumplimiento de su deber era ejemplar.

Por lo tanto, Pepe "tuvo el gusto" de conocer al juez de Naranjales.

A poco, don Patricio encontró, en la carretera, el mismo cochecito y al mismo policía que lo conducía, y como a Pepe algo antes, el agente lo condujo a presencia del juez, un tipo más peligroso que una enfermedad.

Cuando llegó el "suegro", el "yerno" ya conocía su propia pena.

—¿Confiesa usted ser cierta la acusación?— habíale preguntado el juez.

—Sí—respondió Pepe, echando mano a su bolsillo para pagar la multa de rigor.

Pero se llevó chasco, pues el juez, muy bromista dentro de su "impenetrabilidad", rechazó el ademán y anunció:

—¡Diez días de arresto!

—¡Oh, señor juez, por favor!—suplicó vanamente Virginia.

—¡Vamos a casarnos...—explicó Pepe.

A todo esto apareció don Patricio.

—Me alegro que hayan detenido ustedes a este loco. ¡Estoy decidido a impedir que se



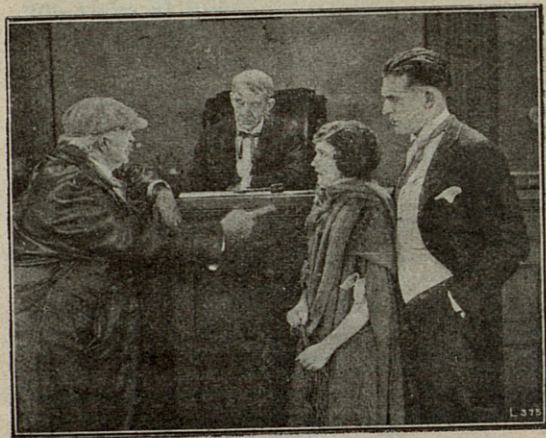
—El límite son treinta y cinco kilómetros, amigo, no cincuenta y cinco. Vamos a hacerle una visita al juez.

case con mi hija!—dijo al ver a la pareja que buscaba.

—Ya se ve que estaba usted decidido. ¡Cuarenta y cinco kilómetros por hora!—comentó el juez, sonriendo "mefistofélicamente".

—Ellos me obligaron—defendióse el viejo.

- ¿Confiesa usted...?
- Ellos son los culpables, señor juez, pero pagaré, ¡qué se le va a hacer!
- Sí, ¿eh?
- ¿Cuánto?
- ¡Diez días de arresto!



- Ellos me obligaron—defendióse el viejo.
- ¿Arrestado yo?
- Ya lo creo. Es muy sencillo pagar. Los delitos han de purgarse materialmente con la carne y no con "pasta".
- Esto no puede ser, señor Juez. Yo soy un hombre honrado.
- Nadie le ha dicho a usted lo contrario. Y no fume. Aquí no se fuma.

- A mí me sobra el tabaco.
- ¡Que no fume, he dicho!
- ¡Qué suplicio, Señor! ¡Ya me las pagarás, Pepe del infierno!
- Por favor, "suegro", que yo soy inocente.
- ¿Te atreves a contestarme?
- ¡Silencio!! Sigan los dos al celador—terció el juez.
- Virginia, desconsolada, vió alejarse hacia el encierro a su padre y a su novio, y no sabía qué partido tomar. Indudablemente, movilizaría a todas sus amistades para libertar a los presos.
- En la celda que al "suegro" y al "yerno" les fué destinada, el segundo, conformándose con la ocurrencia del Destino, probó de reconciliarse con el primero:
- Dicen que el trato engendra cariño...! Tenemos diez días para hacernos amigos.
- Don Patricio atóse las manos para no pegarle un puñetazo a su "yerno", y le respondió:
- Sí, ¿eh? ¡Si no salgo de aquí antes de esta misma noche, mandaré al diablo a mi abogado!
- Querrá usted decir si *nosotros* no salimos de aquí.
- ¿NOSOTROS?
- Sí, usted y yo.
- ¿De dónde sacas eso de *nosotros*?

—Me parece que somos dos los que estamos en esta "torre".

—Si de mí dependiera, tú te quedarías aquí para toda la vida.

—Qué amabilidad, querido "suegro".

—¡A mí no me llames "suegro", porque te doy así!

Toto, encantado de lo ocurrido en el jardín de la casa de don Agapito, refería los hechos a Zorro:

—...y fué sencillísimo hacer lanzarse a Pepe a una carrera, cuyo resultado, que ya conoces, provocó la ruptura completa de amistad con el viejo Murran. ¡Ahora ya no hay duda! Pepe estará otra vez con nosotros mañana mismo.

—¿Cómo supones eso?

—Porque Pepe se habrá ya casado con Virginia, a pesar de que cuando él se fugó con ella los perseguía el viejo, que no debió alcanzarlos a tiempo de evitar el enlace; y es lógico que, necesitando un empleo para subvenir a los gastos domésticos, no se lo irá a pedir a su irritado suegro.

Entretanto, en su afán de buscar ayuda, Virginia encontró al reporter Billy Dawson, a quien pidió protección para sacar de la cárcel a su padre y a Pepe.

Enterados también Toto y Zorro de la odisea de aquéllos, idearon un plan.

—Tú consigue unos cuantos corredores, y

ya verás cómo van a quedar servidos Pepe y el viejo—dijo Toto a Zorro.

* * *

A la caída de la tarde, Toto y Zorro pusieron en práctica su famoso plan, que no tenía otro objeto que el de exasperar a don Patricio, de tal suerte, que no volviera a mirar jamás la cara a Pepe, causante de su encierro.

Unos veinte corredores amigos de los autores de la idea, se estacionaron frente a la reja de la celda que los detenidos ocupaban, y después de anunciarse con mucha algarabía, dijo uno de los "escandalosos", mientras Toto y Zorro tenían buen cuidado de ocultarse de sus "víctimas":

—...y damos la bienvenida al seno de nuestra Hermandad, a los infractores de las leyes de tráfico, reyes de la velocidad, nuestros dos nuevos hermanos, Patricio Mac Murran y Pepe Rodas.

El viejo, asombrado, gesticuló:

—¿Qué descrédito, Señor! ¡En qué lío me he metido!...

—¿Por qué no me dejó usted casarme con Virginia?—objetó Pepe.

—¡Ahora sí que te juro que no te casarás con ella!

Gracias a las gestiones del reporter, pronto

los detenidos podrían ser puestos en libertad. Con tal pretensión personóse aquél, con un abogado, en la cárcel.

Accedió el juez a libertar al viejo, mas no a Pepe.

—Mac Murran queda en libertad. Pero Pepe Rodas tiene que pagar toda su condena. Esta es su tercera infracción.

Y el pobre Pepe se “mordía los ojos” de rabia.

Y, picado en su amor propio, y después de extinguir sus diez días de arresto, fué en busca de su antiguo empleo, decidido a demostrar a sus envidiosos rivales que se burlaron de él al pie de la reja de la celda de la cárcel, que él ganaría el campeonato.

Toto y Zorro, de quienes no sospechaba Pepe, pues éste creía que aquella broma se la gastaron los corredores de otras casas, hablaban, en las oficinas de la “*Tornado Motor Company*”, de él.

Y Pepe, casualmente, oyó su nombre, y, curioso, escuchó apostado detrás de una puerta.

—Ahora Pepe no tardará en venir a vernos. Así lo presumo yo—decía Toto—. Después de aquella jugada de los corredores, quedará ganar, para nosotros, el campeonato.

Al percatarse de que los autores de la broma eran sus ex jefes, Pepe subióse a una silla y asomóse al despacho de ellos por encima de la obra de carpintería.

—¡Ah, sí!, ¿eh? ¿Conque ustedes fueron los de la serenata, verdad?

Toto y Zorro quedaron sin habla.

—Pues miren—añadió Pepe—, voy a tomar parte en las carreras por mi propia cuenta y van ustedes a quedar en ridículo.



—¡Ah, sí!, ¿eh? ¿Conque ustedes fueron los de la serenata, verdad?

Zorro, recobrándose, replicóle:

—Eso no es más que una fanfarronada. ¿De dónde vas a sacar tú un coche de carreras que pueda ponerse enfrente de los nuestros?

—Ya encontraré el coche.

Y con marcado interés buscó Pepe un coche de carreras que le sirviera, y como ninguno le

convenía, pidió consejo a Juan Rodman, su amigo y mecánico de don Patricio.

Juan le dijo:

—Ven conmigo. Mira, Este es nuestro viejo “auto” de carreras, núm. 4. Don Patricio está decidido a que no vuelva a presentarse en las carreras, de suerte que no hay que pensar en que lo venda. Si no, este coche podría servirte.

Dispuesto a jugarse el todo por el todo, Pepe se aseguró la complicidad de Virginia, a quien casualmente encontró en el garage de su padre.

—Quisiera correr con este viejo “Pakro”, Virginia.

—¡Pero papá no consentirá jamás que presentes su coche en las carreras!

—Yo no necesito su consentimiento. En eso es en lo que tienes que ayudarme tú.

—No comprendo, Pepe.

—Escúchame bien. Yo te compro a ti el “auto”. Te pago y tú me das un recibo... firmado por tu padre.

—¿Y si él se niega a firmar?

—Si eres hábil, lo hará, mujer. A ver cómo te portas. Ten presente que ese coche puede ser para nosotros la felicidad.

Don Patricio renegaba en aquellos momentos de las carreras, debido a la lectura del siguiente artículo de periódico:

Don José Cabrillo, comerciante en automóviles, cuya visita a esta ciudad ha puesto en

movimiento a todas las casas fabricantes, ha reservado un palco para la Gran Carrera del Campeonato Nacional.

—¡Carreras! Será capaz de perder un día viendo unas carreras, y no dedica diez minutos a examinar mis camiones “Pakro”—gru-



—Escúchame bien. Yo te compro a ti el “auto”. Te pago y tú me das un recibo... firmado por tu padre.

ñía el viejo.

Al día siguiente, la conspiración de Virginia y Pepe se llevaba a efecto.

—¡A ver si sabes hacerlo bien!... Toma, aquí está la factura, extendida por Juan. Yo

te espero aquí, junto al coche, para llevármelo en seguida.

Virginia entró en el despacho de su padre, y éste, al verla, se previno contra un sablazo:

—No tengo ni un céntimo.

—No vengo a “pegarte”, papá. Todo lo contrario. Tú me prometiste una comisión si vendía un coche. He vendido uno.

—Te felicito.

—¿Quieres firmar el recibo?

—Toma. Ve a la caja, y que te paguen lo que te corresponda.

Y así fué cómo Pepe pudo disponer de un “auto” capaz de hacerle quedar bien.

Juan, que de buena gana volvería a correr, recibió la gran sorpresa de ser nombrado por Pepe su mecánico durante la carrera, cargo que él aceptó agradecidísimo.

Y, al fin, llegó el gran día.

—¿No quieres ir a las carreras conmigo, papá?—invitóle Virginia.

Negóse don Patricio, mas al quedar solo, recordando sus triunfos del pasado, sus pensamientos se volvieron hacia su viejo coche núm. 4.

¡Cuál no sería su sorpresa al encontrar, a cambio de aquél, un desequilibrado armatoste cuidadosamente cubierto!

—¿Qué es esto? ¿Se me han llevado mi coche para presentarlo en las carreras! ¿Quién habrá sido el osado?

Y lejos estaba don Patricio de maliciar de Pepe.

Indignado, y dispuesto a saber a qué manos había ido a parar su coche, don Patricio dirigióse, contra su costumbre, a toda velocidad, hacia el autódromo.

En la pista, Zorro y Toto, el primero pronto a correr... y ganar, hablaban de sus probabilidades de triunfo.

—Si tuviéramos a Pepe Rodas en el otro coche nuestro, no habría quién nos venciese.

—Allí está Cabrillo, el sudamericano. Es indispensable que ganemos.

En aquel momento, Pepe presentóse a Zorro y le dijo:

—Voy a inscribir un “Pakro”; de suerte que, si sois valientes, no debéis protestar.

A lo que, irónico, respondió Zorro, guiñándole el ojo a Toto:

—El viejo coche de don Patricio, ¿eh?... ¿qué nos va a importar ese vejestorio?

—¡A mí me basta con ese vejestorio!... ¡Y cuidado con cortarme el paso esta vez!

Don Patricio, apenas llegado al autódromo, se dió cuenta del juego de Pepe, y prometía vengarse inmediatamente:

—Voy a probarle a ese mocoso que él no puede robarme un coche para presentarlo sin mi permiso en las carreras.

Virginia, que tuvo la suerte de ver a su padre, le oyó proferir esa amenaza, y le dijo:

—Pero ese coche no es tuyo ya. Yo se lo vendí a Pepe, y tú firmaste la factura.

—¡Ah! ¿Por qué no hablaste antes? ¡Tú también vas contra mí!

Al punto de partir, Juan, el mecánico herido en otra ocasión por Zorro, advirtió a éste:

—¿Te acuerdas de nuestra última carrera, Zorro? Si tratamos de pasarte, te aconsejo que no te cruces en nuestro camino, porque te costaría muy caro.

—Abur, chico. Ardides del juego son...

—Te aviso, para que lo sepas, que no es poco...

Y comenzó la carrera.

Don Patricio se hallaba sentado en el palco inmediato al que ocupaba Toto, el cual, al ver juntos a Juan y a Pepe, dedujo que corrían por cuenta de aquél, y apenas principiada la carrera, inició la odiosa burla entre competidores:

—No se aflija, don Patricio. Su "Pakro" no está en último lugar todavía.

—¡Déjeme en paz!—masculló el viejo, siguiendo con interés la carrera.

Durante cincuenta vueltas, Pepe sostuvo un paso uniforme, mientras que Zorro mantenía en el primer puesto el coche de la "*Tornado*".

Pero en la vuelta número sesenta, el Pakro ganó algunos puestos.

—¡Oh, papá!—clamó Virginia—. Pepe se

adelanta cada vez más.

—A mí no me importa en qué puesto va Pepe. Todo lo que él anhela es satisfacer su amor propio y conquistarse aplausos—gruñó don Patricio.

Y kilómetro tras kilómetro, Pepe fué en segundo lugar, pero al llegar a la vuelta número setenta, hubo de vencer el inminente peligro en que lo puso el criminal propósito de Zorro, de cruzar su coche e inutilizarlo al virar en redondo; y a pesar del retraso que sufrió para salir airoso del apuro, volvió a ganar el terreno perdido alcanzando de nuevo al miserable corredor, hasta que le llevó notable ventaja.

Entonces, don Patricio, orgulloso de "su" coche, dijo, con ironía, a Toto, que no estaba precisamente contento:

—¿Qué hay, amigo?... El "Pakro" no está en último lugar ahora, ¿eh?

Al llegar las cinco últimas vueltas, Pepe dijo a los jueces de salida que cedía su puesto de conductor a Juan, el cual, ufano de llevar el coche a la victoria, partió solo.

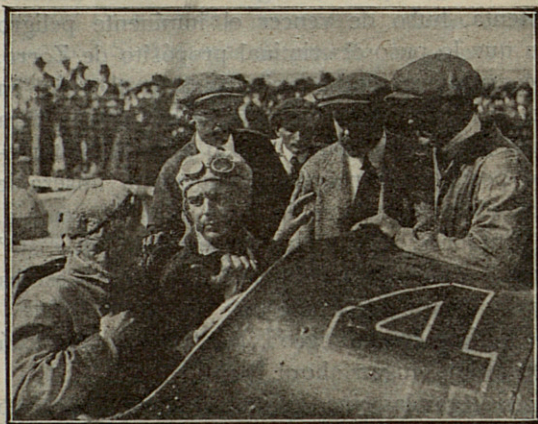
Don Patricio, admirado del noble gesto de Pepe, no pudo menos de exclamar, dirigiéndose a Toto:

—¡Qué mozo! ¡Desperdiciar la gloria de la victoria y dársela a Juanito, para que éste pueda vengarse de Zorro, que le arrebató la última vez, injustamente, el premio, a riesgo de matarlo!

—¿Ves, papá, como hay algo que él quiere más que los aplausos?—murmuró Virginia.

Y don Patricio se calló.

Al final de la carrera, la victoria fué netamente favorable a Juan, es decir, a los coches "Pakro", para gozo de quienes la merecían y



...Pepe dijo a los jueces de salida que cedía su puesto de conductor a Juan.

Don Patricio, admirado del noble gesto de Pepe, no pudo menos de exclamar: ¡martirio de los otros.

Eso no fué todo:

Hubo, además, la buena noticia, dada por el propio Cabrillo, de que él tendría a mucho honor el ser representante de los coches de don Patricio en su país.

Pepe tomó cartas en el asunto, como si fuese socio de la casa:

—Nos alegraremos mucho de que usted represente nuestros coches; pero es necesario que haga conocer también en la América del Sur los camiones "Pakro".



...Pepe le propuso que olvidase lo pasado para sonreír al porvenir.

—Perfectamente—dijo Cabrillo—. ¿Quieren ustedes que arreglemos los detalles del contrato mañana mismo?

—Eso es. Entendido.

Don Patricio gritó, para sus adentros:

¡Viva, viva y viva!, y creyendo llegada la ocasión de "ganarle" a él, Pepe le propuso que

olvidase lo pasado para sonreír al porvenir.

Y don Patricio, encantado de la vida, no opuso mucha resistencia.

Por su parte, Virginia, se apretó contra su único amor, esperanzada y esclava de sus miradas.

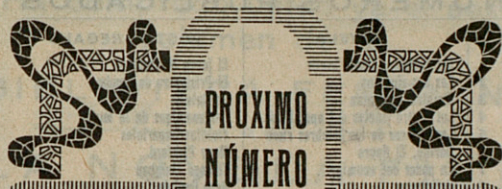
Y Pepe, radiante de felicidad, hizo esta solemne promesa:

—Esta sí que es la última carrera en que tomo parte... Después del premio que he ganado hoy, ya no me interesa ningún otro.

Y cumplió su palabra, para ser modelo de amantes maridos.

FIN

Revisado por la censura militar



LA INTERESANTE NOVELA

UN ROBO ORIGINAL

INTERPRETACIÓN DE
IRENE CASTLE
ROD LA ROCQUE

¡SORPRENDENTE ASUNTO!

40 Páginas

10 Fotografías

PRECIO 30 CTS.

POSTAL REGALO: JACK HOLT

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrien-
tes, de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.
Barbará, 16-BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

NUMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Déring, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotropo	Bébé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minter
19	De florista a millonaria	Dustin Farnum
20	El Crimen del Millefleurs Palais	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	¡Valiente luna de miel!	Lois Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Delictivo	Pearl White (Perle blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odette (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del abismo	Georges Biscot
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El caballo de carreras	Douglas Fairbanks
32	Su Señor y dueño	Constance Talmadge
33	La Madrecla	Rodolfo Valentino
34	La Pimpinela Escarlata	Shirley Mason
35	Gorrión de ciudad	J. Warren Kerrigan
36	La Novela de una estrella de cine	Pauline Frederick
37	La Niada, de Homero (Especial)	Monte Blue
38	¡Soy inocente!	Pola Negri
39	La Alegria del Batallón	Jackie Coogan
40	La papeleta de empeño	Mary Carr
41	El eterno Don Juan	Victor Varconi
42	Los mártires del arroyo	Lillian Gish
43	Fanny, la viuda romántica	Alberto Capozzi
44	El Tío Paciencia	Eva May
45	Locura, imprudencia y Abandono	Tom Mix
46	La edad de la ambición	Gloria Swanson
47	La aventura del velo	Harry Carey (Cayena)
48	Almas Divorciadas	Geraldine Farrar
49	Tacaña de amor	Larry Semon (Tomasin)
50	Por orden de la Pompadour	Leatrice Joy
51	La destrucción de París (especial)	Charles Jones
52	¡No más Mujeres!	Irene Castle
53	Un hombre de ideas	Alberto Collo
54	La última carrera	Régine Dornien

¿Ha comprado usted ya el sexto volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

EL HIJO DEL MERCADO?

Último libro de nuestra popular

BIBLIOTECA FEMENINA

Portada a tricromía 112 páginas

Profusión de fotografías — Precio 1 pta.

Lea V. esta novela y la releerá

¡ÉXITO! ¡ÉXITO! ¡ÉXITO!

Recuerde los números anteriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio

La Madona de las Rosas

Los Diez Mandamientos

Honrarás a tu madre

Los Hijos de París o la NOVELA DE UNA OBRERA

EN BREVE:

La grandiosa novela

*La Canción de
la Huérfana —*

en la Selecta «Biblioteca Femenina» de LA NOVELA FILM



RETENGA ESTE TÍTULO

LA CANCIÓN DE LA HUÉRFANA

